

ta de que la sopa está muy clara".

Pero ella es de poco comer, y no reclama, la mente en otra cosa... "¿verdadera verdad?" - torciendo el gesto y soltando con parsimonia la cuchara y, el hombrecillo, con su chaquetilla que sería blanca de no estar tan sobada, "¿se que mó, doña Silvia?".

Pero ella que no, preocupada sí por la posibilidad de la existencia que tanto la inquieta de las verdades falsas.

-Y...¿a quién preguntaba?

-Sí, ¿a quién acudir en busca de la respuesta que la sosegara?

¿Dónde refugiarse?

¿En quién confiar?

Y renuncia al postre a pesar de "¡pero doña Silvia arroz con leche!" pero tiene una cita "llego tarde"... "¡ah!", porque para que doña Silvia tenga prisa se debe de tratar de algo importante.

-Mucho.

Y que el fondo último de cualquier verdad es, justamente, aquello que está más en la superficie.

-¿Seguro?

Bueno... ¡tanto como seguro!; que él a fin de cuentas qué sabía: "yo no soy doña Silvia".

-No es imprescindible, sin embargo, ser exactamente doña Silvia - considera - con su lunar en la mejilla y...

-¡Ah!, ¿lunar?

-Sí, en el lado derecho, un poco por debajo de la ojera.

Y se para, impulsiva, con esa perentoriedad despaciosa con que se apresuran los altivos, y en el cristal de un escaparate se contempla y "bueno, me gusta, impregna la mirada de un toquecillo de picardía; mañana me lo pinto yo aposta".

-¿Así?

-No, un poco más pequeño; y una pizca más hacia la izquierda.

-¿Le pongo un pelo?

-Le pones dos pelos... ¿He dicho verruga, acaso?; pues entonces.

Y doña Silvia, volviendo a su bolso el pañuelo porque "caray señora, no son horas de pararse a mirar escaparates" disimuló retirando del lagrimal una motita "los currantes,